



★  
REGIÓN DEL MAULE

## La extraña suerte de un campesino

Valentina Estrella Gajardo López

Un día fui a visitar a mi abuelita al sector del Manzanito, perteneciente a la localidad de Vilches Alto, y me invitó cariñosamente a tomar unos mates mientras me contaba una de sus muchas y entretenidas historias. No me quiso revelar nombres, porque no quería comprometer a nadie, pues este debía ser un secreto, ya que le había ocurrido a unas personas muy cercanas.

Mi abuelita cuenta que hace mucho tiempo atrás, había un caballero del lugar, que era medianamente joven, tenía una vida más bien solitaria en el campo y se dedicaba a tiempo completo a arrear animales. Un día iba pasando por unos terrenos hermosos y divisó que cerca de él había una valla de la que salía humo, y se observaba fuego también. Tanta fue la curiosidad de este hombre, que decidió ir directamente al lugar para ver de qué se trataba. Fue entonces cuando se encontró con una culebra de mediana longitud y de color plumizo, que estaba entrelazada al palo que estaba ardiendo. En este escenario, el caballero decidió ir en busca de una rama delgada y verde para salvar la vida de tal reptil. Ante este acto de rescate, la culebra se enrolló al cuello de su salvador y luego le dijo:

—No te asustes, buen hombre, tú me salvaste la vida y por eso estaré eternamente agradecida. Ahora, como retribución, te llevaré donde la reina de las culebras para que le pidas lo que tú quieras por salvar mi vida.

Entonces, el hombre partió con su nueva amiga al lugar donde vivían las culebras. Mientras iban en el trayecto, el hombre fue advertido que las hermanas culebras se lo querían comer, pero ella se encargaría de difundir que le había salvado de quemarse viva en aquel cerco.

Fue así cómo la culebra reina se enteró con lujo de detalles sobre cómo el hombre había rescatado a la culebra de quemarse viva. Por lo tanto, el deseo que pidió el hombre le fue concedido, con la única condición de mantener el secreto muy bien guardado. El deseo era algo que siempre se le pasaba por la cabeza: entender la comunicación de los animales. La culebra reina le advirtió que el día en que el hombre contara ese don, moriría.

Luego, el hombre se fue con la convicción de que iba a entender muchas cosas sobre los animales que antes ignoraba. De esta manera, al salir de la casa de las culebras, antes de montar, puso especial atención en dos pajaritos que decían: “Si supiera este hombre que aquí hay un entierro, sería el hombre más rico del mundo”.

El caballero, al escuchar esto en su mente, dejó una marca con una estaca, y volvió en la noche a ese lugar. Sacó el entierro y se convirtió en un hombre muy acaudalado; la suerte le estaba sonriendo. Tal fue su éxito, que le llovían las pretendientes. Finalmente, escogió a una buena mujer y se casó con ella.

Con su esposa vivieron años felices. Él logró guardar su secreto muy bien hasta entonces. Un día, el matrimonio estaba paseando por la parcela; él montó la yegua y la esposa, la potranca; relinchaba la yegua, la potranca le contestaba y el caballero se reía. Ante esta situación, la mujer quiso saber qué le causaba la risa. Tanta fue la insistencia de la esposa, que le tuvo que revelar su gran secreto guardado por años.

Pues bien, el esposo le contó sobre su don y que en este caso la yegua le había dicho a la potranca que la esperara, pues ella era más vieja y achacosa, y se cansaba con rapidez.

Luego del paseo, repentinamente, el hombre se sintió mal y se puso muy enfermo; pasaban los días y ya no se levantaba de la cama. Tanto así, que empezó a agonizar. La esposa, muy triste, no entendía cómo le había cambiado tanto la vida de la noche a la mañana.

Mientras tanto, el perro estaba en el pasillo principal de la casa y no paraba de llorar. El gallo le preguntó al perro sobre sus gemidos. Ante esto, el perro le respondió que su amo se estaba muriendo, y que fue por revelar el secreto a su esposa, ante su insistencia. De esta manera, el gallo a modo de consejo, le dijo al afligido perro que le dijera a su amo que haga como él les hace a las gallinas: sacarles la cresta. Incluso, el ave le hizo una demostración: llamó a las gallinas y les empezó a picar la cabeza. El perro le ladraba al amo para comunicarle el extraño consejo que le dio el gallo: tenía que llamar a su esposa para golpearla por insistir en que le contara su don.

De esta manera, el hombre le dijo a su esposa que le buscara un lazo en el rancho, y que cuando se lo trajera, cerrara bien la puerta por dentro y con llave. La mujer, un poco extrañada, obedientemente le pasó el lazo a su esposo, y este le sacó la cresta.

Después de tamaña golpiza, el hombre milagrosamente recuperó poco a poco su salud. Pero perdió el don, y a su esposa, como un castigo divino por agredirla. La mujer nunca había hecho otra cosa que atenderlo bien y cumplir los roles de dueña de casa que imperaban en el mundo rural.

Una vez que mi abuelita tomó el último sorbo de su mate, yo quedé enmudecida por la extraña historia que me acababa de relatar. Ella, como adivinando mi pensamiento, hizo una pausa y me dijo que antiguamente las mujeres eran muy golpeadas por cualquier motivo, por lo tanto, esa situación era pan de cada día.

Finalmente, mi abuelita me dijo que esta historia debería ser un secreto, pero ha hecho una excepción esta vez, ya que nadie hasta hoy la conocía.

Valentina Estrella Gajardo López  
14 años  
San Clemente  
Tercer lugar regional